

Hispania, LVI/1, núm. 192 (1996)

HISTORIA Y LENGUAJE: LA VUELTA AL RELATO DOS DÉCADAS DESPUÉS ¹

por

ISABEL BURDIEL y MARÍA CRUZ ROMEO

Universitat de València

RESUMEN: *Este ensayo trata de ofrecer una discursión crítica de los argumentos básicos del debate actual en torno al llamado «giro lingüístico» en Historia. Tomando en cuenta la más reciente producción historiográfica al respecto, defendemos que existe una posición (y una necesidad urgente de la misma) que permite pensar seriamente la relación entre 'lenguaje' e 'historia' sin colapsar nuestra disciplina en una mera narrativa o en una técnica particular de «lectura de signos». Desde este punto de vista, cuestionamos la oportunidad teórica de seguir manteniendo una dicotomía rígida entre una concepción del lenguaje como mero reflejo de la realidad social y una percepción de éste como el último y determinante creador de la misma.*

PALABRAS CLAVE:

ABSTRACT: *This essay aims to give a critical account of the main arguments involved in the debate about the so called «linguistic turn» in History. Bringing into discussion the most recent historiographical production, we argue that there is space for, and an unrgent need of, thinking seriously about the relationship between 'language' an 'history' without, necessarily, collapsing our discipline into a mere narrative or a postmodern technique of «reading the signs». We want to challenge, therefore, the rigid dichotomy between a perception of language as a reflection of social reality and a perception of language as the ultimate creator of it.*

KEY WORDS:

¹ Una versión de este texto fue presentada en el Seminario «Historia y Narración», organizado por los Departamentos de Historia Contemporánea, Filosofía y Teoría de los Lenguajes de la Universitat de València. El trabajo forma parte del Proyecto de Investigación PB-93-0358-C02-01, financiado por la DGICYT.

En los últimos quince años, los historiadores han ido condensando sus anteriores referencias dispersas en torno al problema del lenguaje en una reflexión mucho más sistemática respecto a su incidencia en la práctica historiográfica. Una preocupación que comparten corrientes tan diversas como la «historia de los conceptos» alemana; la historia sociocultural británica; la «nueva historia cultural» norteamericana o la historia de la llamada «cuarta generación» de Annales.

A pesar de su diversidad, e incluso manifiestos antagonismos teóricos y metodológicos, la preocupación común que aúna a todas esas corrientes es la referida al papel de las prácticas significativas, de los elementos culturales y simbólicos en la explicación histórica y en la conformación de la sociedad misma.

Hace ya más de quince años, Lawrence Stone conmocionó a la profesión, especialmente a la más cercana al marxismo, con su poco disimulada celebración de la «vuelta al relato» frente a lo que él consideraba entonces el «fracaso» (en su terminología) de «la historia estructural», de las «pesadas influencias de la ideología marxista y de la metodología de las ciencias sociales»².

Desde los años sesenta y en ámbitos en principio exclusivamente filosóficos, ha ido adquiriendo una entidad propia la revalorización de los recursos de inteligibilidad del relato. Ello ha transformado el debate clásico en torno al binomio comprensión/explicación. Las obras de Arthur C. Danto, W.B. Gallie, Louis O. Mink o Hayden White fueron, todas ellas, llamadas de atención en torno a los procedimientos narrativos en la historia y sus implicaciones analíticas. La reflexión sobre las estrechas relaciones entre historia y narración fue en su momento resultado del debilitamiento del modelo nomológico de Hempel y de una paralela reconsideración del carácter explicativo de la estructura narrativa. Aunque con algunos años de retraso, los historiadores finalmente han asumido que ese campo de discusión también les es propio. Es evidente, no obstante, que la insistencia de filósofos e historiadores en la narración ha obedecido a motivos distintos, como igualmente diferente ha sido el significado de ese énfasis y el sentido global de las alternativas propuestas³.

En este contexto, para muchos historiadores, un fantasma recorre nuestra disciplina. Como fantasma, su rastro adquiere la materialidad del postestructuralismo, el postmodernismo, la teoría crítica o el «giro lingüístico». Si el

² STONE, L., «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, núm. 85 (1979), págs. 3-24 (trad. al cast. «La historia como narrativa», *Debats*, núm. 4 (1982), págs. 91-105).

³ DANTO, A. C., *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona, Paidós, 1989 (trad. al cast. de tres capítulos de *Analytical Philosophy of History*. Cambridge, Cambridge University Press, 1965). Como señala RICOEUR, Paul, *Tiempo y narración*. Madrid, Eds. Cristiandad, 1987, vol. I, pág. 246, es significativo que «el primer alegato en favor de la interpretación narrativista de la historia» fuera formulado en el marco de la filosofía analítica. WHITE, H., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, F.C.E., 1992 (trad. al cast. de *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore-Londres, Johns Hopkins University Press, 1973). Sobre el debate entre historiadores y filósofos, ROSSI, P. (ed.): *La teoría della storiografia oggi*. Milán, Arnoldo Mondadori, 1988.

enemigo parece tener tantos, y tan diversos rostros, tampoco es claro o evidente quién es la doncella que debe ser protegida. Mientras que para unos es el materialismo histórico, para otros es la historia misma la que puede disolverse ante la irrupción de esa espectral presencia.

En España, la atención al problema del lenguaje ha sido tardía, dispersa y francamente apática respecto a la trascendencia real del tema. Un breve repaso a las revistas históricas de mayor difusión revela que, salvo alguna excepción aislada, lo que predomina son las traducciones de discusiones más o menos recientes producidas por otras historiografías ⁴.

Dado este panorama, nuestro objetivo es establecer las coordenadas actuales del debate respecto a lo que, con muy diversos grados de precisión, se denomina el «giro lingüístico» o el «reto semiótico» a la historia. Englobar voces diversas en un ruido ensordecedor nunca ha sido fructífero ni en la práctica, ni en la reflexión histórica. La intención aquí es discutir esas visiones más o menos apocalípticas de la disolución de la disciplina que algunos han querido ver implícita en ese reto. Lo que nos interesa es pensar de qué manera afecta *realmente* el llamado «giro lingüístico» al saber histórico y qué puede tener de útil para los historiadores; entendiendo ese supuesto «giro» como algo que es más problemático, enriquecedor y multifacético que la mera disolución de los problemas históricos en problemas lingüísticos.

1. Como dice Reinhart Koselleck, el debate actual tiende a relativizar las antítesis demasiado rígidas entre realidad y pensamiento, entre ser y conciencia, entre historia y lenguaje ⁵.

La relativización de este tipo de dicotomías implica, en principio, someter a crítica cualquier visión dualista de la realidad social que suponga una rígida separación, jerárquica o no, entre experiencias materiales y experiencias simbólicas o culturales. Implicaría también, quizás, una mayor flexibilidad en el convencimiento de que «lo social» es el terreno al que «en última instancia» debe referirse la labor del historiador. Como ha señalado entre otros Dominick LaCapra, conviene no olvidar que el mismo término «social» es un adjetivo/calificativo problemático y no una definición esencial o constitutiva de sentido ⁶.

⁴ Véanse a este respecto los dossiers «Lenguaje, género e historia de la clase obrera», publicado en *Historia Social*, núm. 4 (1989), págs. 81-136 y que incluye trabajos de Scott, J. W., Palmer, B. D., Stansell, C., y Rabinbach, A.; «Historia, lenguaje, percepción», publicado en *Historia Social*, núm. 17 (1993), págs. 97-139, con reflexiones de Chartier, R., Burke, P., Jones, G. S., y Fraser, R.; e «Historia y posmodernismo», publicado en *Taller d'Història*, núm. 1, (1993), págs. 59-73, con artículos de Stone, L., Joyce, P., Kelly, C., y Spiegel, G. M., THOMPSON, J. B.; «Lenguaje e ideología», *Zona Abierta*, núm. 41-42, (1987), págs. 159-181. Junto a estas traducciones habría que señalar: MORA-DIELLOS, E.: «Últimas corrientes en historia», *Historia Social*, núm. 16 (1993), págs. 97-113.

⁵ KOSELLECK, R., «Linguistic Change and the History of Events», *Journal of Modern History*, núm. 61 (1989), pág. 649

⁶ LACAPRA, D., *History and Criticism*. Ithaca, Cornell University Press, 1985, esp. el capítulo «History and the Novel», págs. 115-142. Ver también del mismo autor *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*. Ithaca, Cornell University Press, 1983.

La mayor complejidad otorgada a las nociones de «lenguaje» y de «lo social» se ha realizado desde, al menos, tres puntos de vista estrechamente relacionados entre sí, aunque no igualmente enfatizados según las distintas corrientes o prácticas historiográficas. En primer lugar, el lenguaje como instrumento de comunicación del historiador en su faceta de narrador. Es decir, la reflexión crítica sobre la voz narrativa. En segundo lugar, la discusión en torno al lenguaje como constructor de significados sociales. Y por último, la consideración del lenguaje como objeto de investigación en sí mismo. La «historia de los conceptos» alemana y las iniciativas británicas recogidas por Peter Burke y Roy Porter en los dos volúmenes de *The Social History of Language*, pueden ser buenos ejemplos recientes de esto último⁷.

Estos tres puntos de vista advierten ya de la necesidad de entender y delimitar, pero también de relacionar, la **variedad** de preocupaciones actuales asociadas a este debate. En este sentido, la historiografía reciente tiende a constatar y analizar dos fenómenos sociolingüísticos íntimamente vinculados. Por una parte, el hecho de que diferentes grupos sociales pueden emplear diferentes variedades de lenguaje y/o atribuir significados distintos a aquél que utilizan respecto a los usos y significados de otros grupos. Por otra, que puede existir una diferenciación similar de usos y significados lingüísticos dentro del mismo grupo social dependiendo o no de la diversidad de situaciones e intenciones.

A partir de estos dos supuestos se plantean al menos dos propuestas analíticas que suelen presentarse como incompatibles y alternativas: a) las tesis que sostienen que el lenguaje refleja la sociedad, la cultura o la situación/experiencia social en que se habla y de quiénes lo hablan; b) aquellas que consideran que el lenguaje conforma, modela, la sociedad, la cultura, la situación y las experiencias sociales en las cuáles se habla y de quiénes lo hablan.

La expresión «giro lingüístico» (cuando es usada por los historiadores) hace referencia, precisamente, al desplazamiento cada vez mayor hacia la segunda tesis analítica por parte de cierta historiografía. Es decir, la tendencia hacia la disolución de los grandes problemas históricos en el análisis de los diversos lenguajes o, en términos incorporados de la crítica literaria, de los discursos procedentes del pasado. Entendiendo por «discursos» —a partir de la obra de Michel Foucault y de elaboraciones críticas posteriores—, un modo socialmente institucionalizado de hablar/escribir con efectos de poder y de creación de significado histórico y social.

⁷ Sobre la historia conceptual alemana véase SCHÖTTLER, P.: «Historians and Discourse Analysis», *History Workshop Journal*, núm. 27-29 (1989-1990), págs. 37-64; GUMBRECHT, H. U., LÜSEBRINK, H. J. y REICHARDT, R., «Histoire et langage: Travaux allemands en lexicologie historique et en histoire conceptuelle», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, t. XXX (1983), págs. 185-195; KOSELLECK, R., *Futuro pasado. Por una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 1993. BURKE, P. y PORTER, R. (eds.): *The Social History of Language*. Cambridge, Cambridge University Press, 1987 y *Language, Self and Society. A Social History of Language*. Cambridge, Polity Press, 1991.

No estaría de más recordar en este momento, desde la historia y para los historiadores, que esa concepción del discurso tiene también su propia genealogía. Una genealogía en la cual ocupa un lugar destacado y originario el desplazamiento histórico de la verdad como objeto de la filosofía o de la crítica de textos en favor de una búsqueda autónoma del sentido. A partir del movimiento romántico —por no remontarnos a Spinoza— este desplazamiento formó parte de un proyecto filosófico, estético y político que ha sido desde el principio patrimonio de la modernidad y de las reflexiones suscitadas por el célebre lema del «arte por el arte»⁸.

Hoy las voces de alarma, procedentes tanto de la historiografía tradicional como de la historia social de inspiración marxista, han comenzado a proliferar a partir de una muy poca sutil concepción de la verdad como correspondencia o lo que es casi lo mismo a partir de la identificación entre verdad y realidad como objetos intercambiables o sinónimos de la investigación histórica. «Los bárbaros están entre nosotros» decía en 1988 Alan Kors. Con un grado mayor de reflexión (y con menor nerviosismo) la medievalista Gabrielle M. Spiegel advertía en 1990 de los peligros de una «huida de la realidad hacia el lenguaje» y de un entrecomillado abusivo de la idea misma de «realidad» que, a partir de ahora, se convierte en poco más que un artefacto constituido lingüísticamente⁹.

2. No deja de ser especialmente significativo que quien con mayor virulencia haya hecho explícitos los síntomas de alarma de la profesión sea precisamente el mismo historiador que hace ahora ya 16 años provocó otro debate de gran repercusión inicial (pero de corto alcance a la postre) con el famoso artículo sobre «la vuelta al relato» mencionado más arriba.

Planteado como un breve comentario al denso artículo de Gabrielle M. Spiegel —y sin hacer en absoluto justicia a la complejidad argumental del mismo— Lawrence Stone escribía en 1991 un brusco alegato frente a lo que denominaba «el estruendo de las disciplinas colaterales» y muy especialmente la filosofía analítica, la antropología cultural y las diversas corrientes de la crítica literaria, desde el postestructuralismo derrideano hasta el «nuevo historicismo». La importación de ese «estrucendo» habría sumido a la disciplina histórica, según Stone (y sobre todo en Francia y en Estados Unidos) en una profunda crisis de confianza: «el fin de la historia —dice— tal y como hasta ahora la hemos conocido»¹⁰.

Las lamentaciones y aprensiones de Stone en 1991 sobre «el fin de la historia» leídas a la luz de su famoso artículo de 1978 no pueden dejar de sorprender, al menos a primera vista. Merece la pena revisar algunos de los

⁸ TODOROV, T., *Crítica de la crítica*. Barcelona, Paidós, 1991. BERLIN, I.: *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*. Barcelona, Península, 1992. RORTY, R.: *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona, Paidós, 1991.

⁹ KORS, A., *The New York Times*, 16 de Noviembre de 1988; A22. SPIEGEL, G.: «History, Historicism and the Social Logic of the Text», *Speculum*, núm. 65, (1990), págs. 59-86.

¹⁰ STONE, L., «History and Post-Modernism», *Past and Present*, núm. 131 (1991), págs. 217-218.

argumentos de entonces. En primer lugar, su definición de aquella «narración» resucitada: «En nuestra acepción la narración consiste en organizar la materia según el orden contínuo de la cronología, en poner la imagen a punto de tal manera que, por la convergencia de los hechos, lo narrado se presente sin solución de continuidad, aunque haya intrigas secundarias». En segundo lugar, aunque Stone apuntaba ya entonces que «la narración es un modo de escritura de la historia, pero es un modo de escritura que afecta también al contenido y al método, y se ve afectado por ellos», no parecía capaz de extraer todas las consecuencias teóricas y epistemológicas de lo que tan calurosamente saludaba. De forma más bien confusa, y mediante el procedimiento del «totus revolutum», Stone se limitaba a ligar la vuelta al relato con la aparición de una nueva temática relacionada sobre todo, decía él, con las mentalidades y la valoración de «la acción humana» frente a los determinismos estructurales.

Stone andaba más o menos encaminado, pero creemos que no sabía dónde conducía el camino que tan contento estaba entonces de señalar. En efecto, como ha puesto de relieve, entre otros, Dominick LaCapra existe hoy un cierto consenso acerca de que la rehabilitación de la narrativa, y de la historia narrativa, como forma de representación del pasado ha venido de la mano del debilitamiento o, mejor dicho, de la mayor flexibilidad de los historiadores respecto al convencimiento (implícitamente metafísico) de que la sociedad es el terreno al que en última instancia debe referirse la labor del historiador. Una «flexibilidad» que ha sido, en buena medida, producto de la atención creciente en la última década respecto al papel de los elementos simbólicos y las prácticas significativas en la formación de la sociedad misma ¹¹.

El problema con Stone es que, al menos en 1978, no fue capaz de darse cuenta de que esas nuevas «atenciones» de la historia no eran sólo un problema temático sino teórico con profundas implicaciones para el estatuto epistemológico de la vieja historia que, con ropajes nuevos y coloristas, él parecía querer ver resucitada. «La historia narrativa y la biografía individual parecen —decía Stone— resucitar de entre los muertos. No tienen el mismo aspecto que antes de su supuesta defunción, pero se las reconoce fácilmente por variantes del mismo género».

En efecto, el género de historia que propone Stone no es más que una variante de aquella vieja historia que, según LaCapra, se basaba en dos tipos de supuestos. Por una parte, una concepción básicamente documental de las fuentes históricas, una sospecha respecto a la auto-reflexión crítica, a la aparición del «narrador abierto» y a la incorporación directa de las formas verbales del «yo» y el «tú» como lesivas para el oficio y la necesaria objetividad del historiador. Por otra parte, y esto es aún más determinante para el debate actual, una consideración no problemática del uso del lenguaje o, al menos, una idea simplificada del mismo.

En resumen, el tipo de narración o relato hacia el cual parece que Stone celebraba el «giro» de su aparente «nueva historia narrativa» es, en sí mismo,

¹¹ LACAPRA, D., «History and the Novel», *vid. supra*.

bastante tradicional, anclado en buena medida en los términos establecidos en el siglo XIX. En esa historia, hay relativamente poca auto-conciencia acerca del problema de la voz y del punto de vista. El narrador tiende a ser omnisciente y a descansar en **la convención de la unidad**, no sólo de la voz narrativa, sino entre la voz narrativa y la voz autorial. Desde ese tipo de convención, no sometida a cuestionamiento, la historia (el relato) es organizada/o de acuerdo con un esquema **necesariamente** cronológico de comienzo, desarrollo y final. Recuérdese, si no, qué entendía Stone en 1978 por narración: «En nuestra acepción, la narración consiste en organizar la materia según el orden continuo de la cronología, y en poner la imagen a punto de tal manera que, por la convergencia de los hechos, lo narrado se presentará sin solución de continuidad, aunque haya intrigas secundarias».

Buena parte del reto actual de la historia se sitúa precisamente en la creciente conciencia del historiador respecto al carácter construido (e, implícitamente, violento) de esa noción de unidad y de gran narrativa y, por lo tanto, la creciente conciencia de la necesidad de atender a las interacciones entre el orden (como convención) y los retos al mismo, tanto en el pasado como en el propio discurso respecto al pasado. Vistas así las cosas, la alarma de Stone en 1991 ante las críticas a la concepción de la historia como una «gran narrativa» (con, como mucho, **intrigas secundarias**) no resulta en absoluto sorprendente o contradictoria respecto a su celebración de la «vuelta al relato» en 1978.

De hecho, son sobre todo los historiadores del estilo de Lawrence Stone los que se encuentran, fundamental y prioritariamente, bajo cuestión cuando se habla del «embate postmodernista» a la historia¹². Tanto en 1978 como en sus últimas intervenciones, lo que Stone defiende es una idea de historia de rai-gambre netamente positivista. En su denuncia crítica de «lo que está en cuestión» hace exactamente lo contrario de lo que se viene proponiendo respecto a la posibilidad de establecer un diagnóstico acertado de «la crisis». Es decir, habría que cuestionarse sobre si, ante la conciencia de crisis, lo que se pretende es una reconducción inane e inútil hacia el positivismo (una especie de repliegue a supuestos «lugares seguros»), o, por el contrario, se trataría de desmontar «el edificio conceptual de la moderna idea de historia y (revisar) los materiales de la construcción y los planos que la hicieron posible». A Stone, precisamente, lo que no le interesa, y lo que teme, es ese proceso de «desmonte» o, si se quiere, de «deconstrucción» de la idea moderna de historia que es lo que, en verdad, está sobre el tapete de la discusión¹³.

Desde nuestro punto de vista, creemos que no hay duda de que el impacto del llamado «pensamiento postmodernista» ha podido hacer tambalearse ciertas formas de hacer historia —del estilo de la que propugna Lawrence

¹² Véase su intervención en el Congreso «A Historia a Debate», celebrado en Santiago en julio de 1993. Un resumen de la misma en, *El País*, 29 de Julio de 1993.

¹³ SEVILLA, S., «Problemas filosóficos de la historiografía: conciencia histórica, ciencia y narración», *Ayer*, núm. 12, (1993), págs. 29-46.

Stone en su equívoca nota de alarma. Otras formas de hacer historia, sin embargo, no se han sentido tan aludidas respecto a una posible «quiebra epistemológica» de la disciplina. Bien entendidas las cosas, creen que el «reto postestructuralista» ha contribuido saludablemente a favorecer una mayor reflexión crítica de los historiadores sobre sus operaciones lingüísticas y las de sus objetos de análisis ¹⁴.

3. Si la discusión se hubiese quedado en el artículo-denuncia de Stone, no habríamos avanzado mucho ni habría mucho más que decir. No obstante, su breve nota hacía referencia a un texto mucho más complejo que el suyo, el ya mencionado de la medievalista Gabrielle Spiegel respecto al cual Stone no tiene más que alabanzas. Su laudatoria glosa del artículo de Spiegel deja sin embargo en la sombra buena parte de las implicaciones más sugerentes del mismo las cuales, de ninguna manera, pueden identificarse con los supuestos de partida del propio Stone ¹⁵.

Las líneas básicas de la argumentación de Spiegel, contrastadas con las respuestas que su texto y el de Stone merecieron en la revista *Past and Present* a lo largo de 1991, pueden constituir un buen balance de los elementos más actuales de la discusión ¹⁶.

Spiegel identifica lo fundamental del reto planteado por el llamado «pensamiento postmodernista» a la historia en el cuestionamiento de la creencia básicamente «humanista» de que una investigación racional, «objetiva» del pasado permite recuperar los significados «auténticos» de los textos históricos. El problema, por lo tanto, haría referencia a una cierta «huida de la realidad hacia el lenguaje» basada en una concepción de éste como constitutivo —no mimético— de la realidad; una realidad que no existe más allá del lenguaje sino que está siempre **ya** construida por él.

Planteamientos de este tipo afectan directamente a la escritura histórica en la medida en que no consienten ninguna razón epistemológica sólida para distinguir entre el uso literario y el resto de los usos del lenguaje. De esta forma, la distinción entre historia y ficción podría tender a desaparecer.

Spiegel apunta, y con razón, que parte de la debilidad que la historia presenta ante el pensamiento «postmodernista» es que el debate se ha dejado en manos, fundamentalmente, de los críticos literarios (y/o de los filósofos) que han estado acostumbrados, hasta ahora, a tomar la historia de segunda mano, pre-empaquetada, y han tendido, en la práctica, a tomarla como no problemática. En la medida en que los historiadores no entren a fondo en el debate —y dejen que corra esa visión decimonónica de la historia— ésta seguirá siendo particularmente débil por omisión; por no «presentarse» ante sus crí-

¹⁴ Para una completa reflexión historiográfica, temática y cronológica sobre el problema y los campos de estudio afectados, ELEY, G.: «Is All the World a Text? From Social History to the History of Society Two Decades Later», 1990, texto mecanografiado, cortesía de la Universidad de Michigan, Working Paper Series núm. 55

¹⁵ SPIEGEL, G. M., «History, Historicism...», *vid. supra*.

¹⁶ Los textos han sido publicados en castellano en *Taller d'història*, núm. 1 (1993), págs. 59-73.

ticos actuales recalando su carácter polisémico y en buena medida alejado, ya, de los supuestos decimonónicos.

Para Spiegel, la historia tan sólo podrá preservarse como ámbito autónomo y significativo entre las distintas formas de conocimiento en la medida en que no evite sino que intente resolver la cuestión básica de la relación entre texto/contexto reconociendo —en ese terreno— el reto profundo, y no marginal, de las concepciones postestructuralistas. Lo que se necesita es una posición teórica capaz de considerar los textos que utilizan los historiadores como «**usos socialmente situados del lenguaje**»; textos surgidos, a un mismo tiempo, de las realidades sociales y constituyentes de las mismas. Se debe atender, por lo tanto, a la **lógica social del texto** en el doble sentido de su lugar de articulación y de su carácter discursivo.

El significado de los textos históricos no es relacional, estable o inherente a los mismos; aparece sólo cuando éstos son situados en un entorno local de redes socioculturales y políticas a las que tratan de dar forma y que están organizadas en torno a ellos. La clave estaría en una lectura **entre** el texto y el contexto, entre el significado patente y el encubierto, entre objetivos implícitos y explícitos, junto con la variedad de los modos literarios o discursivos en los que se encarnan.

A pesar de la solidez de sus argumentos y, sobre todo, de la investigación empírica que los avala, las propuestas teóricas de Spiegel dejan con la incómoda sensación de no trascender buena parte de las críticas postestructuralistas a la historia. Parece formar parte de la «legión» de autores que, como ha dicho Robert Young, tratan de «volver a Bajtin» buscando una alternativa eficaz a las disputas entre el postestructuralismo y las propuestas que se resisten a aceptar el reto de éste ¹⁷.

De esta forma, Spiegel hace suya la propuesta de Bajtin de que la forma y el contenido del discurso son una y la misma cosa siempre que entendamos el discurso (y el lenguaje) como fenómenos sociales. Sociales en toda su extensión y en todos y cada uno de sus factores, desde la imagen hasta el más abstracto de los sentidos. Defiende, así, la importancia de considerar que la «realidad material» ejerce siempre una cierta presión, una fuerza desestabilizadora y generadora de la producción social de representaciones, las cuales derivan su poder del contexto social y de su capacidad o no de relación con las redes sociales y políticas en las que son elaboradas ¹⁸.

Si se acepta el argumento postestructuralista de que el lenguaje constituye el mundo social, debemos insistir también en que el lenguaje adquiere sentido y autoridad sólo en determinados contextos sociohistóricos. Mientras

¹⁷ YOUNG, R., «Back to Bakhtin», *Cultural Critique*, núm. 2, (invierno 1985-86), págs. 71-92 y WHITE, A. «The Struggle Over Bakhtin: Fraternal Reply to Robert Young», *Cultural Critique*, núm. 8, (invierno 1987-88), págs. 218-241.

¹⁸ WALKOWITZ, J., *Prostitution and Victorian Society: Women, Class and the State* Cambridge, Cambridge University Press, 1980 y *City of Dreadful Delights: Narratives of Sexual Danger in Late Nineteenth-Century London*. Chicago, Chicago University Press, 1992 (de próxima aparición en la editorial Cátedra-Feminismos).

las diferencias lingüísticas estructuran la sociedad, las diferencias sociales estructuran el lenguaje ¹⁹.

A juicio de la propia Spiegel su focalización en la «lógica social del texto» tiene en común con las corrientes postestructuralistas su atención por las estructuras regionales y locales más que por la sociedad como un todo; su énfasis en que la textualidad surge de, y a un tiempo conforma, la vida social y, por último, la búsqueda (deconstruccionista) de los significados suprimidos para construir un texto. La diferencia fundamental residiría en su deseo de no colapsar el texto y el contexto, el lenguaje y la realidad en un mismo orden fenomenológico. Aunque sólo fuese por razones heurísticas, dice Spiegel, el contexto no es simplemente «otro texto» y de ahí se deriva la voluntad de examinar —como objeto fundamental de la historia— el papel de la «acción humana» y de la «experiencia social» en el sentido en que ambas son entendidas, tradicionalmente, por los historiadores ²⁰.

El problema, obviamente, como otros participantes en el debate hicieron notar en su momento es que esas nociones de «acción humana» y «experiencia social» no tienen un único sentido, «tradicional», compartido por todos los historiadores ²¹. Como señala Patrick Joyce, sus ejemplos concretos de investigación y su admisión de la reciprocidad de lo discursivo y lo social no resultan verdaderamente alternativos —o suficientemente diferenciados— de las posturas que analiza y rebate. Spiegel amplía las perspectivas tradicionales y trasciende los artículos de fe realista de Stone al reconocer que «cualquier intento de adjudicar el significado interpretativo de un texto (...) mediante el recurso a la historia como «realidad» empieza a parecer un recurso retórico». Sin embargo, y a pesar de ello, Spiegel no parece ser capaz de abandonar «lo real» y «lo social» como referentes últimos; permanencia que se justifica —casi exclusivamente— por criterios que no van más allá de la necesidad heurística o del imperativo moral. Ello se traduce, por una parte, en el mantenimiento de cierta idea de globalidad y determinación social no colapsable en lo discursivo. Por otra parte, en su afirmación de la referencialidad del lenguaje frente a una noción extrema de auto-reflexividad del mismo que, a su juicio, acarrearía la disolución de la historia. Todo ello, insistimos, a partir de su convicción de que el «giro lingüístico» —en sus extremos— desafía el fundamento ético de la práctica del historiador al problematizar y relativizar la noción de pasado como objeto de estudio recuperable. El pasado se disuelve en literatura. Todo relato es igualmente válido si, retóricamente, es capaz de presentarse como tal ²².

¹⁹ Spiegel sigue directamente a SMITH-ROSEMBERG, C., «The Body Politic», en WEED, E. (ed.): *Coming to Terms: Feminism, Theory, Politics*. Nueva York, C.U.P, 1989

²⁰ En estas cuestiones Spiegel coincide sustancialmente con Roger Chartier. Véase, sobre todo, *El mundo como representación*. Barcelona, Gedisa, 1992 y «De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social», *Historia Social*, núm. 17 (1993), págs. 97-103.

²¹ Nos referimos a las reflexiones de Patrick Joyce y Catriona Kelly publicadas en *Taller d'història*, núm. 1, *vid. supra*.

²² GRINZBURG, C., «Montrer et citer. La vérité de l'histoire», *Le débat*, núm. 56 (1989), págs. 43-54.

Las últimas aportaciones de Spiegel, consciente de algunas de sus vaguedades teóricas, se centran en un campo bastante menos resbaladizo a través de su intento de dar cuerpo teórico más sólido al concepto de **mediación**. Frente a una noción clásica de la misma (que la contempla como «conexión o intervención indirecta de formas separadas») propone su uso como un proceso activo que construye sus objetos precisamente en el sentido que el postestructuralismo concibe la construcción social de la realidad en y a través del lenguaje. Ello no quiere decir, sin embargo, a su juicio, que necesariamente se deba establecer una adhesión incondicional a una idea de lenguaje puramente opaca y auto-reflexiva. La dicotomía entre el lenguaje como transparente u opaco es demasiado rígida. Intenta, pues, delimitar un **plano medio** de consideración entre las **posibilidades** referenciales y constitutivas del lenguaje en un sentido similar al que parecen proponer en ocasiones Dominick LaCapra o Carol Smith-Rosenberg. La multiplicidad de registros del lenguaje, y la frecuente simultaneidad de los mismos, no puede obviarse a riesgo de limitar (y no precisamente enriquecer) el análisis de los textos ²³.

4. Los últimos artículos de Spiegel, y su repercusión internacional, han tenido la virtualidad de recordar el hecho de que la condición primera del conocimiento racional del pasado no puede ser otra que el reconocimiento de la no transparencia de «lo real». Ello obliga a pensar de nuevo, quizás ahora con mayor urgencia y seriedad, las auténticas implicaciones de algo que ya dijo hace muchos años Edward Palmer Thompson cuando afirmó que «lo real» es «epistemológicamente inerte y nulo: es decir, sólo puede convertirse en un objeto de investigación epistemológica en el momento en que penetra dentro del ámbito de la percepción o del conocimiento» ²⁴.

Al margen de la implícita fe realista de Thompson, lo que interesa destacar es que la atención al lenguaje por parte de los historiadores no es, esencialmente, una atención importada como incluso la misma Spiegel parece suponer. No es el mero producto del «estruendo», de la «invasión», de preocupaciones propias de otras disciplinas colaterales. Por el contrario, es necesario recordar que esa atención ha venido fraguándose desde hace años en, al menos, tres campos de estudios **históricos**. Aquellos, precisamente, cuyo objeto de estudio impide mantener las forzadas distinciones entre lo social, lo cultural y lo político. Nos referimos al tema de las clases sociales y de la conciencia de clase; a los estudios sobre las mujeres y a la problemática de la colonización/descolonización a partir (sobre todo) de los trabajos de Edward W. Said ²⁵.

Tampoco debe olvidarse que esos ámbitos de estudio no pueden ni deben desligarse de los problemas concretos, de acción política en sentido amplio,

²³ La definición clásica de mediación procede de WILLIAMS, R., *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península, 1980. Véanse las obras de D. LaCapra citadas más arriba y SMITH-ROSENBERG, C., «The Body Politic», *vid. supra*.

²⁴ THOMPSON, E. P., *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1981, págs. 35 y ss.

²⁵ SAID, E. W., *Orientalisme. Identitat, negoció i violència*. Vic, Eumo, 1991.

en que surgieron: el debate sobre el papel del movimiento obrero, el feminismo y la descolonización y postdescolonización en los años setenta y posteriores. En esos ámbitos de acción y de experiencia histórica ha sido quizás más fácil (y perentoria) la toma de conciencia radical respecto al extraordinario poder del lenguaje para crear identidades subalternas y para perpetuarlas en el marco de unas determinadas relaciones de poder social. Ámbitos de acción y experiencias históricas, en suma, en los que es especialmente relevante entender bien las relaciones posibles entre el «ser social» y la «conciencia social». Entender bien el papel desempeñado, en ese contexto, por los lenguajes y los discursos dominantes como mecanismos de construcción (y no simplemente de descripción) del funcionamiento histórico de las categorías y jerarquías de clase, de género, de raza, y también de cultura y nación.

Buena parte de cierto triunfalismo sobre la Historia (con mayúsculas) por parte de las que Stone llamaba «disciplinas colaterales» — y el hecho de que el diálogo haya sido hasta ahora más espectacular que productivo— no se ha debido exclusivamente a que los historiadores hayamos dejado circular — entre filólogos y filósofos— una versión simplista y pre-empaquetada de la historia. Lo que quizás es más importante, y peligroso desde el punto de vista de la reflexión historiográfica, es que los mismos historiadores han tomado propuestas igualmente poco problematizadas de las disciplinas que más se han ocupado del problema del lenguaje. Ello ha llevado a la importación de conceptos y planteamientos teóricos, escasamente comprendidos y simplificados, que avalan la idea de una «crisis epistemológica» a través de la tendencia (abusiva) a hacer desaparecer la distinción entre historia y ficción ²⁶.

Desde nuestro punto de vista, el debate actual (y la atención creciente por los lenguajes de clase, de género, etc) no habla de una crisis de la historia en un sentido de decadencia, quiebra o final. Antes al contrario, es un debate que muestra, tanto en lo teórico como en el trabajo práctico, la vitalidad de la disciplina. Si esto es una crisis, es una crisis de crecimiento y son, precisamente, las «historias» con minúscula, las «intrigas secundarias» que Stone marginaba, las que han modificado y ampliado el estatuto de la Historia con mayúsculas.

De hecho, reconocer que la historia es una práctica interpretativa (y no una ciencia objetiva y neutral, en el supuesto de que alguna lo sea) no implica caer en el «todo vale» o en el «caos», o en la «ficción». Por el contrario, es un reconocimiento que asume, racionalmente, la adhesión, pero también la crítica, a los procedimientos de verificación y documentación establecidos por la comunidad interpretativo/discursiva de los historiadores. Momentos de intenso debate como éste respecto a los paradigmas de esa comunidad inter-

²⁶ Uno de los ejemplos más conocidos de esta última y extrema disolución sería el que ofrece Simon SCHAMA y su evolución desde sus trabajos sobre la cultura holandesa hasta su última obra publicada en castellano *Certezas absolutas*. Barcelona, Anagrama, 1993. Obra que utiliza MORA-DIELOS, E. *vid. supra* para una excesivamente simplificadora crítica del postestructuralismo en historia. Igualmente apresuradas son las páginas que Ernest GELLNER dedica al postmodernismo y a la teoría del conocimiento en *Posmodernismo, razón y religión*. Barcelona, Paidós, 1994, págs. 36-56.

pretativa son los que renuevan la historia, los que plantean nuevas preguntas y nuevas líneas de investigación. Todas ellas estrechamente relacionadas con la aparición de nuevas identidades sociales que quieren pensar sobre sí mismas (y sobre los discursos sociales contruidos sobre ellas) y que empujan/dislocan los paradigmas tradicionales que no las tenían en cuenta o que las «mal-decían»/las «decían-mal»²⁷.

Lo que puede interesar del postestructuralismo al historiador es, precisamente, su insistencia en este tipo de cuestiones que —en la práctica— son dejadas de lado en la tarea de muchos historiadores que, sin embargo, más o menos asienten a ellas en la teoría. Nos interesan, sobre todo, las corrientes del postestructuralismo que apuntan hacia la materialidad social del lenguaje y recalcan el carácter abierto, inestable, no fijo (excepto por la fuerza) de los significados lingüístico-sociales. Una insistencia que permite desvelar (iluminar) las formas en que —en el juego de las relaciones de poder social— se intentan fijar los significados, cortar la cadena de diferencias, ocultarlas en suma. Es decir, interesa porque permite desvelar los procedimientos a través de los cuales la ideología dominante, el «sentido común» de una época, intenta establecer una relación no problemática, rígida, entre identidad y lenguaje, entre el ser social y la conciencia social, entre el nombre y la cosa nombrada, entre el mundo mudo y el yo que habla.

Esto complica —de forma extraordinariamente interesante— el análisis de categorías como la clase o el género, por ejemplo, y complica, también, la relación unilineal entre experiencia, identidad y política o (si se prefiere) entre experiencia, conciencia y acción.

Sin embargo, complica todo ello de una forma que no presupone, necesariamente, la imposibilidad de pensar racional e históricamente los problemas de clase o de género sino, más bien, todo lo contrario. La historia ya no es sólo la de contar lo que le pasó a las mujeres y a los hombres y cómo reaccionaron ante ello. La historia es la de analizar cómo se contruyen históricamente, socialmente, los significados subjetivos y colectivos de los hombres y las mujeres, de cómo se construyen sus identidades y de cómo todo esto hace «hablar» de una forma particular al mundo, influye sobre él: sobre nuestra percepción de la relación entre el «yo» y el «mundo»²⁸.

Esa concepción de la labor del historiador no quiere decir que éste se convierta en un mero lector de textos o, como diría, Raphael Samuel, en un «lector de mentes» enfrentado al viejo «desenterrador de hechos». Quiere decir, si nuestra lectura es correcta (es decir, momentáneamente útil), que el historiador debe considerar —en serio— la fuerza activa del lenguaje y sus usos sociales por parte de individuos o grupos **para** controlar a otros o para defenderse de ese control; para cambiar la sociedad (y su situación/identidad dentro de ella) o para evitar ese cambio²⁹.

²⁷ SCOTT, J. W., «History in Crisis? The Others' Side of the Story», *American Historical Review*, vol. 94, núm. 3 (1989), págs. 680-692.

²⁸ SCOTT, J. W., «History in Crisis?...», *vid. supra*; y RORTY, R.: *Contingencia...*, *vid. supra*.

²⁹ SAMUEL, R. «La lectura de los signos», *Historia Contemporánea*, núm. 7 (1992), págs. 51-74

No se trataría, en todo caso, de sustituir una noción pasiva del lenguaje por otra rígidamente autoritaria del mismo en la cual los agentes sociales se convierten en sujetos inertes, esclavos de un lenguaje elevado a la categoría de última instancia, de deidad, que les gobierna como títeres. Es decir, una noción del lenguaje como «verbo desencarnado», al margen de cualquier referencia a las experiencias y las relaciones sociales de poder, y a los intentos de actuar sobre ellas.

Las implicaciones del carácter dialógico entre experiencias sociales y lenguajes disponibles es central para entender el cambio social, la aparición de lenguajes y significados nuevos. Para entender la política, en suma (en su sentido más amplio), como un proceso constituyente de movilización y de acción humana, más que como un producto pre-determinado por discursos cerrados e inamovibles o, alternativamente, por realidades socioeconómicas puras, «desencarnadas del verbo».

En resumen, si queremos entrar en la conversación sobre el «giro lingüístico» —una conversación que creemos que interesa a los historiadores **a partir de sus propios problemas prácticos**— tenemos que hacerlo desde la problematización conjunta de esas nociones pre-empaquetadas de historia y de lenguaje. Este último, como dice Peter Burke, es demasiado importante para dejarlo exclusivamente en manos de los lingüistas o de los filósofos porque sus operaciones están íntimamente unidas a las relaciones de poder y de cambio social que es lo que, desde siempre, ha interesado a los historiadores. El fantasma que recorre la disciplina viene de nuestro propio castillo ³⁰.

³⁰ BURKE, P., «Introduction» a BURKE, P. y PORTER, R. (eds.): *The Social History of Language*, *vid. supra*.

Hispania, LVII, núm. 192 (1996) 333-346